

Aclara el autor, desde un principio, que no pretende adentrarse en la vida privada de Augusto Mijares, ni tampoco en la particularidad de cada uno de sus pasos, para eso nos remite al trabajo de la profesora Beyra de Cumare. Lo que pretende el autor es resaltar los momentos más significativos que, según puede deducirse, concurrieron en la formación y consolidación de la forma de su pensamiento. Lo guía la fuerza de una casualidad: haber sucedido en el puesto que ahora ocupa en la Academia de la Historia y en la de Ciencias Políticas, al propio Augusto Mijares.

La obra de Mijares se estructura, según nos manifiesta Tomás Polanco Alcántara, en el convencimiento de una arraigada tradición civil en el pueblo venezolano. Tradición que se ha visto afectada e interferida por el fenómeno del caudillismo, pero que aún pervive en las cimientos de nuestro pueblo. Este principio extraído de "La Carta de Jamaica" de Simón Bolívar (es el basamento y la premisa de todos sus estudios posteriores. La firme creencia en una tendencia del venezolano hacia el orden y la legalidad civil.

En este libro de la colección, gracias al autor, recobramos el sentido de una obra sumamente significativa en el momento de preguntarnos por el país, sus fundamentos y por sus hombres, pues Mijares, siempre unívoco e íntegro en su posición, al punto de negarse a prologar el libro de Vallenilla Lanz, el "Cesarismo Democrático", por discrepar esencialmente de los principios e intenciones que guiaban al autor. Mijares estudia, a lo largo de su vida, la obra y la historicidad de figuras como Juan Germán Roscio, Juan Francisco León, Miranda, Rafael María Baralt, Fermín Toro, el Dr. Vargas, Julián Viso y otros próceres, siempre acorde a su metodología y a su principio de reflexión y profundo sentido común.

Si bien, como lo señala el autor, Mijares tuvo que aceptar el paso lento y el rostro amargo de la realidad, sus ideas, livianamente tildadas de románticas, son de algún modo, un aliciente y la firme visión de un hombre que buscaba lo mejor de su historia y de su herencia venezolanista. Tomás Polanco Alcántara, bien merece ocupar el sitio de él en las Academias, pues este libro denota la exacta comprensión del esfuerzo y el proceso intelectual y político que atravesó a su antecesor.

"COLON Y SU SECRETO". — JUAN MANZANO MANZANO. — Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1976. XVI + 743 pp., con 10 láminas. En *Cuadernos Americanos*, Nos. 322-323. Madrid, abril-mayo, 1977.

Por MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

En esta misma Revista, hace justamente dos años (núm. 298 de abril de 1975), tuve oportunidad de publicar una valoración del libro del mismo autor *Colón descubrió América del Sur en 1494* que suponía, afirmamos, un hito fundamental en la constante e importante bibliografía que suscita el tema colombino en el ámbito propio de la Historia de América. Escribo estas líneas, a tan corto

plazo de aquellas otras, tras la detenida y meditada lectura del recientemente publicado libro de Juan Manzano *Colón y su secreto*, que constituye a mi entender la demostración racional hecha por un historiador español de la existencia real de la piedra angular y clave del descubrimiento de América: un predescubridor desconocido que transmitió a Colón la información sobre la cual —además de otras que su curiosidad y amistades le proporcionaron— hubo de basarse el genovés para llevar a efectividad aquello que con tanta seguridad prometiera a los Reyes Católicos. El problema del “piloto anónimo” no es la primera vez que se trata historiográficamente; por el contrario, constituye el eje de una cuestión en la que han terciado muchos historiadores antiguos y modernos, aunque sin que ninguno de ellos haya conseguido demostrar indubitablemente su existencia y operatividad histórica. En la estela de este planteamiento crítico, Manzano aporta —y es la primera aproximación valorativa que puede hacerse sobre su obra— un *modo* distinto de analizar la cuestión. Por adelantado creo poder afirmar que su argumentación convence plenamente.

No se aporta en *Colón y su secreto* ningún documento sensacional y hasta ahora desconocido, cuyo casual hallazgo en algún rincón perdido de determinado archivo público o privado permitiese la agregación de un nuevo dato capaz de promover un cambio decisivo en el nivel de conocimiento histórico que, previamente, se hubiese podido tener. No hay nada de eso en el libro que comentamos y, sin embargo, hemos de afirmar que, con su publicación, cambia absolutamente todo el edificio historiográfico sobre Colón, toda la problemática histórica de fondo relativa a tan trascendental tema histórico. La impresionante investigación llevada a cabo por Manzano —y que, sin duda, parte y se apoya en su profunda convicción sobre la existencia del protonauta— constituye, tanto en la cuidadosa comprobación de los más nimios detalles, en la argumentación minuciosa, en la que nunca deja de tenerse en cuenta el todo, las partes, y las relaciones de las partes con el todo, como en la honradez de la confrontación exhaustiva de todos los posibles elementos de raciocinio, un modelo de investigación en el que sin aportar ningún documento o dato nuevo —aunque, para tranquilidad de los empiristas recalcitrantes, sin que falte ninguno— toda la materia histórica tratada aparece como absolutamente distinta, nueva, más clara y con constantes novedades. Pues, en efecto, la magistral investigación que comentamos significa un cambio tan radical de orientación, argumentación y comprensión, que no sólo la realidad histórica a la que se refiere, sino todos y cada uno de los documentos conocidos que forman su entramado fundamental, han cambiado de sentido y ofrecen un panorama rica y completamente distinto del que podemos considerar tema matriz de toda la historiografía americanista.

Existe en el libro de Manzano un valor de fondo que consiste en el persistente culto a la lógica, entendido —como ha señalado con acierto Charles Morazé— como condición imprescindible frente a la violación de la realidad que con demasiada frecuencia se produce desde acorazadas posiciones de verdad subjetiva, que se sitúan al margen de la peculiar temporalidad en que se producen las estructuras históricas. Manzano parte de una hipótesis de trabajo y, en virtud de la libertad del historiador en la cual radica, según ha definido el maestro Lucien Febvre, la revolución de la nueva historia, aplica la más severa lógica al análisis de los hechos y de los docu-

mentos, sin ajustarse de un modo estricto a las conclusiones que sobre los mismos hubiesen alcanzado otros historiadores, hasta alcanzar nuevos puntos de vista en la caracterización profunda de los mismos. De modo que, aplicando el principio de selectividad de criterios, extrae de las fuentes nuevas y asombrosas conclusiones, criterios y caracterizaciones, en virtud de los cuales construye un sólido andamiaje capaz de sustentar el edificio de la hipótesis hasta alcanzar una demostración palpable de la misma. La estructura argumental de este edificio se caracteriza, desde luego, por su gran solidez, pero, sobre todo, y decididamente, por el impecable orden lógico, indiscutible en la presentación y desarrollo de la materia.

En efecto, en primer lugar y dadas las características de la investigación, resulta imprescindible la contestación a la pregunta: ¿Qué apoyo documental tiene la hipótesis del predescubrimiento? Manzano la encuentra en el detenido e impresionante análisis de los dos documentos oficiales, firmados por los Reyes Católicos y despachados, por tanto, en la exageradamente cuidadosa cancillería castellana: la Capitulación de Santa Fe, de 17 de abril de 1492, y la Confirmación de los privilegios, otorgada en Granada el 30 de abril de 1492, trece días después de la firma de la Capitulación. En ambos documentos se atribuye expresamente a Colón un anterior descubrimiento de tierras en el Atlántico; en el primero de ellos, en su mismo encabezamiento: “Las cosas suplicadas e que Vuestras Altezas dan e otorgan a don Christoval de Colón en alguna satisfacción de lo que *ha descubierto* en las Mares Oceanas...”. El análisis que hace Manzano de este importante documento, como el relativo al Privilegio de concesión de los oficios colombinos, debe considerarse exhaustivo y definitivo en cuanto se refiere a ámbitos de referencia geográfica y de tiempos de realización de *lo ya descubierto*, lo que se ofrece descubrir en el primer viaje colombino y lo que se *va a descubrir* en los siguientes. En la Capitulación, Colón exige que se le reconozcan todos sus descubrimientos anteriores y posteriores a 1492. “Entre los descubrimientos anteriores a 1492 se encuentran los de algunas islas y *una* tierra (las actuales costas de Venezuela y de las Guayanas). Pero él sabe, por la carta de Toscanelli, que al oeste de la isla de Cipango (para él Cipango es la futura Española, cuya existencia conoce por los protagonistas), existe *otra* tierra firme, la de Cathay y Mangi, que pretende descubrir también”. Se trata de una cuestión que, naturalmente el autor trata con absoluta precisión en momentos posteriores de su investigación. En el escalón de argumentación que comentamos, Manzano se refiere a la crítica de fijación necesaria, dada la existencia de documentos de tan diferente alcance, aunque se refieran a un mismo asunto, despachados, oficialmente, en un breve intervalo de trece días y que ha sido frecuente motivo de confusión para los historiadores. Ahora quedan nítidamente explicadas, de un modo minucioso, todas las posibles implicaciones que la redacción de los documentos oficiales pudiese producir.

El hecho de que tales documentos acepten un anterior descubrimiento y se lo atribuyan a Colón —ya que éste mantuvo celosamente “su secreto”, que sólo comunicó en confesión a fray Antonio Marchena que, por esta razón, fue el más empecinado valedor de la certeza de las teorías de Colón— produce un problema que, en efecto, es captado y oportunamente tratado por el profesor Manzano: el predescubrimiento es una cuestión comentada y recogida por los primeros historiadores de Indias del siglo XVI —Fernández de Oviedo, Hernando Colón, López de

Gómara, fray Bartolomé de las Casas— pero atribuyéndolo a un navegante desconocido, lo cual se contradice con la aceptación, en los documentos oficiales, de un descubrimiento colombino anterior a 1492. Por esta razón, Manzano expone, primero, la versión que cada uno de los mencionados cronistas ofrece sobre el piloto anónimo para, a continuación, contrastarlos con los indicios y sectores de divergencia entre sí de cada una de las versiones en torno a los ejes críticos representados por las siguientes cuestiones: ¿Por dónde navegaba el protonauta cuando una tempestad, viento o corriente desvió su navío hasta las tierras de Occidente? ¿Qué tierras descubrió el navegante solitario? El tornaviaje de los predescubridores y su encuentro con Cristóbal Colón. ¿Qué nacionalidad tuvo el piloto desconocido? ¿Cuándo y dónde surgió la leyenda? El contraste entre las versiones de los cronistas y las distintas circunstancias sobre las que cada uno insiste, producen desacuerdos. Se debe a la captación de una tradición oral y antropológica que es examinada con el propósito concreto de disponer del mayor repertorio de datos posibles y hacer comprensible en toda su dimensión los capítulos siguientes, en los que radica, sin duda, el núcleo fundamental de la investigación: el plan y génesis del descubrimiento colombino y la realización efectiva del proyecto en los viajes.

El estudio de la génesis del descubrimiento según las ideas cosmográficas de Colón produce, por una parte, la indudable certeza histórica de que fue un piloto anónimo y no el propio Colón quien produjo el predescubrimiento. Por otra parte, partiendo de las dos teorías, completamente distintas, instrumentadas por los colombinistas en el estudio del proyecto del genovés, Manzano trata de explicarlo armonizando la teoría que defiende la búsqueda en el primer viaje de Colón, del Cipango y del Cathay descritos por Toscanelli en la carta enviada al canónigo portugués Fernão Martins, con aquella otra, defendida por Vignaud y Carbia, según la cual buscaba las tierras que le reveló el protonauta. Ello significa un replantamiento absoluto de la trascendental cuestión que el ilustre historiador español, cuya obra comentamos, sintetiza del siguiente modo: el predescubridor reveló a Colón la existencia de algunas islas (entre ellas la futura Española) y una gran tierra firme desconocida (las costas de la actual Venezuela). Para tratar de confrontar qué tierras eran éstas, Colón consultó la *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly, la *Historia rerum* de Eneas Silvio Piccolomini y la carta de Toscanelli, llegando a la conclusión de que las tierras visitadas por el piloto eran las Indias Orientales. Colón identificó el Cipango de Toscanelli con la futura Española del protonauta. Como el sabio florentino situaba la tierra firme oriental del Cathay a 375 leguas al occidente del Cipango, el genovés agregó a su proyecto primitivo la tierra firme del Gran Khan, único territorio tomado de la cosmografía de Toscanelli. Por esta razón, Colón trató de alcanzar *dos* tierras firmes, que él denomina “la de acá” y “la de allá”, lo que explica el uso del plural en las referencias dadas por el mismo Colón, cuanto en los documentos oficiales en los que se reconoce su proyecto y los privilegios derivados del cumplimiento del mismo. A partir de estos supuestos, Manzano lleva a cabo un profundo y exhaustivo análisis crítico de la formulación teórica del proyecto colombino, sin dejar de examinar ninguna de las variables posibles que influyeron en la configuración del plan colombino: cosmográficas, geográficas, intelectuales, psicológicas, históricas, onomásticas, topográficas. Todos los supuestos de análisis en la génesis del plan colombino, quedaron representados cartográfica-

mente en los tres conocidos croquis de Bartolomé Colón y se ajustan a una doble instancia dialéctica de confirmación, modificación en la práctica propiamente dicha de las navegaciones colombinas en los tres primeros viajes, puesto que el cuarto no responde a la misma motivación; se trata de un viaje complementario que apunta ya a la búsqueda del descubrimiento del “paso”, que permitiese la llegada a la Especiería antes que los portugueses.

El sentido de los tres viajes descubridores colombinos queda perfectamente establecido en los capítulos cuarto, quinto y sexto del libro de Manzano. En conjunto, estos tres viajes colombinos tienen el propósito concreto de *identificar* la realidad con la teoría; es decir, descubrir todas las tierras de las que tenía noticia directa por el protonauta, o indirectas, de los sabios, cuyas obras lee y anota. Desde tal núcleo, se produce la caracterización de cada uno de estos viajes. El primero consiste en la búsqueda de referencias concretas capaz de producir la superposición de la teoría con la realidad. En él no encontró las islas que buscaba siguiendo las indicaciones del predescubridor porque éste incurrió en un considerable error de cálculo, situándolas en una latitud más septentrional que la real. El sentido, pues, del descubrimiento de la referencia, no se produjo hasta el momento, denominado por Manzano, “la gran revelación”, ocurrido el 4 de enero de 1493, cuando el Almirante identificó Monte Christi, afirmando en su *Diario* lo que el día anterior no pudo decir, “concluye que Cipango estaba en aquella isla y que hay mucho oro y especiería y almáciga y ruybarbo”. Se trata del descubrimiento, a la orilla del mar, de un monte cónico “con figura de alfaneque o pabellón de campaña” que visto de lejos parece una isla, “pero no lo es, porque tiene participación con tierra muy baja”. En aquella costa se trataba de una referencia singular e inconfundible. ¿Para quién? Para los navegantes, desde luego; pero, en el caso de Colón, de la situación exacta de las minas del Cibao, señoreadas por Caonaboa, el rey de la “casa del oro”, a veinte o veinticinco leguas al interior de aquel hito o mojón significado por Monte Christi; fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, al referirse a este trascendental acontecimiento de identificación, exclama: “parece que adivinando el día anterior, no sé por qué ocasión, dijo terminantemente que Cipango estaba en aquella isla”. Con toda razón se pregunta Manzano: ¿Quién pudo indicar a Colón con tanta exactitud —como en efecto comprobaría en el siguiente viaje— la situación de la mina de oro de su Cipango? Con toda seguridad podemos creer que no fue ni Toscanelli, ni d’Ailly, ni Pío II. . .”. Excluidas todas las fuentes de información indirectas y teóricas, sólo queda la directa, es decir, una información precisa y detallada de primera mano, que sólo pudo proporcionarle su predecesor, el piloto anónimo que, moribundo, hizo depositario al genovés de sus referencias de navegante y explorador. A partir de este momento, Colón está perfectamente orientado y tratará —en su segundo y tercer viaje— de descubrir todas las tierras cuya existencia le reveló el infortunado protonauta. Como si el escenario se hubiera iluminado súbitamente, en esos dos viajes ya no existe la menor vacilación; una a una, Colón comprueba la situación de todas las islas, la tierra firme “de acá”, e intuye y sitúa la existencia de la tierra firme, “de allá”, la de Toscanelli. Así lo hizo constar a los Reyes Católicos en una carta que les escribe y que despacha en los cinco navíos salidos de la Española el 18 de octubre de 1498, una vez terminada la singladura del tercer viaje y concluido también el punto final

de su proyecto descubridor. Y así lo reconoció doña Isabel en presencia de “muchas personas”: su Almirante había cumplido con toda puntualidad cuanto anteriormente les había prometido en Santa Fe.

En las páginas 718-735 de su monumental investigación, Manzano efectúa una síntesis o prueba de comprobación que consiste en identificar en el esquicio de Bartolomé Colón, si encajan o no todas las piezas de lo que *era* “el rompecabezas colombino”, como acertadamente lo llama. Digo *era* porque, sin duda, ha dejado de serlo. Una a una encajan las islas, la tierra firme de Asia y el “Mondo Novo”, es decir, la tierra firme “de acá”. En el esquicio de Bartolomé Colón se refleja con toda fidelidad la imagen que tenía Colón de las islas y tierras firmes occidentales antes de 1492, cuya existencia comprueba en los tres viajes, en los que cumple lo prometido. Existe, efectivamente, una fuerte unidad entre el proyecto y el descubrimiento; la pieza maestra que los une fue el descubrimiento, la referencia que lo hizo posible la revelación de Monte Christi el 4 de enero de 1493. La deuda que la ciencia ha contraído con Juan Manzano es infinita, porque tuvo fe en una convicción y la llevó a demostración de un modo impecable, prefiriendo la incomodidad y el sacrificio, el aislamiento de veinte años ininterrumpidos de trabajo, la renuncia a la convivencia y el amor de sus seres queridos, a la aceptación rutinaria de verdades subjetivas, alejadas de la objetiva realidad.

Este denso e importante libro de Juan Manzano, constituye una verdadera investigación histórica, que cumplidamente abarca las tres instancias exigibles en tanto en cuanto se intente una comprensión capaz de trascender lo meramente formal para acceder a los más complejos campos de la esencialidad y categorialidad históricas. Al penetrar en la profundidad de una investigación de tal aliento y de tantas dificultades de todo tipo, no cabe duda que el historiador se sumerge en la experiencia misma de los “mundos” históricos, caracterizados por la heterogeneidad de la vivencia existencial, que convierte lo histórico en realidad problemática. Ante la aparición de semejante mundo de problematicidad, cabe realizar una investigación historiográfica, capaz de proporcionar aclaraciones y enriquecimientos en el saber, pero que sólo puede alcanzar una eficacia descriptiva. De tal nivel es preciso pasar a una investigación que ofrezca garantías de eficacia respecto a la problematicidad misma de la realidad histórica, asentándose en una reflexión capaz de descubrir relaciones explicativas de lo histórico, en el orden de la *relación* de todas las partes constitutivas de la realidad y lo histórico mismo en tanto que otro, es decir, entre distintas vertientes de la historicidad o diversas realidades históricas. La índole de esta investigación exige su montaje sobre investigaciones previas. Y de ningún modo constituye la última etapa de la investigación, que consiste en aprehender el momento único de lo histórico, centrado entre el límite de lo cotidiano o empírico y la actitud intelectual promotora de la posibilidad, efectivamente conseguida. La investigación histórica, pues, sobre todo en casos como el presente, representa una extrema dificultad, que Manzano ha cumplido brillantemente en todas sus fases, superando el corriente nivel historiográfico de modo que trascendiendo los datos —y sin quedarse inmovilizado por la monolítica aceptación de los mismos— ha conseguido una explicación intelectual de apasionante lectura, pese a su formidable densidad erudita, que se aprecia en un millar y medio de notas, una total base documental, un amplio cuadro de contrastes intelectuales y un interesantísimo reper-

torio cartográfico de imprescindible utilización. Su libro ofrece una nueva luz sobre el misterio con que se rodeó, intencionalmente, el Almirante. En una labor de investigación, deducción y demostración, en la que quizá la mayor dificultad radicaba precisamente en la enorme cantidad de datos y la fundamental escasez de ideas, Manzano ofrece un monumento de investigación colombina integral que marca época en el análisis histórico, verdaderamente científico, pero encarnado, que rescata el fundamental tema colombino de las pegadizas arcillas de la rutina y el conformismo. Creo puede aplicarse a la obra de Manzano las comprometidas palabras escritas por Febvre en el prefacio a la obra de Morazé, *Tres ensayos sobre historia y cultura* (1948): “no hay pasado concebido como una colección de cadáveres frente a los cuales la misión del historiador consistiría en numerarlos y fotografíarlos. No hay pasado que engendre al historiador; hay historiador que hace nacer la historia. No hay historia, sino historiadores”.

“CABALLERO DE LA LIBERTAD Y OTRAS IMÁGENES”. — CARLOS SÁNCHEZ ESPEJO. — Academia Nacional de la Historia. Col. El Libro Menor, N° 74. 216 p.

Por STEFANIA MOSCA

El discurso como habla, como oratoria, adquiere otro carácter en la dimensión de lo escrito. Cuando alcanza y espesa el lomo del libro, permanece más allá del recuerdo difuso de unas palabras que escuchamos en ocasión de... o con la finalidad de... Pierde, por supuesto, el gesto que acompañó al texto en viva voz. Es ahora, en el libro, una antología dedicada al silencioso goce de la lectura, y, sin embargo, se mantiene. La fuerza de un espíritu dedicado, desde sus primeros tiempos de seminarista, a la reflexión sustancial del hombre, dota de un cuerpo especial, la selección escrita de las diversas intervenciones del autor en campos también diversos, pero siempre relevantes en el ámbito del pensamiento humanista, que conforman la materia de este volumen de la colección.

Un estilo profuso y lleno de imágenes acompaña las reflexiones de Monseñor Carlos Sánchez Espejo. En la oración fúnebre que recitara con motivo de cumplirse el sesquicentenario de la muerte del general José Antonio Anzoátegui, en Pamplona, donde reposan, dignas, sus cenizas, vemos, desde un principio, plasmados los valores de un hombre que tiene ardorosa visión del patrimonio histórico que nos compete. Sigue, bajo esas mismas miras, los pasos de José Félix Blanco en la batalla, en el cruento cruce de aceros independentistas que lo hicieron general y, luego, la humilde figura con la que se recogió en el sacerdocio, cuando consideró cumplida su misión y no lo sedujo el deleite de los vítores ni las glorias del triunfo.

Bolívar lo ocupó desde su plaza, en Barquisimeto, donde pronunció el discurso que subraya el temple y el genio que alumbraron su espíritu libertario.